

FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya

70-50
cts.



Eleanor Powell y
Robert Taylor



Claire
Trevor

Fata F

FILMS SELECTOS

Director: J. ESTEVE QUINTANA
López Raimundo, 3 (Antes Vergara)
Teléfono 22890, BARCELONA
Año VIII - Núm. 326



El arte único de la excelsa Greta subyugará al público, otra vez, en esta nueva versión de «La Dama de las Camelias», en cuyo reparto figura además como aliciente destacado la inclusión de Robert Taylor.

LA PRÓXIMA TEMPORADA CINEMATOGRAFICA

Nos amenaza un grave conflicto

DE algún tiempo a esta parte en los asuntos de la distribución cinematográfica se nota un malestar que va agudizándose a medida que se avecina la próxima temporada. Es evidente, y todos lo hemos de reconocer, que como consecuencia de la guerra actual se han producido fuertes trastornos en los negocios de importación. Era inevitable que tales anomalías se presentaran también en el negocio cinematográfico y con caracteres muy alarmantes.

Pero, por otra parte, han agravado los resultados de estas anomalías las actuaciones del Comité Económico de los Cines que, como es sabido, controla los locales de Barcelona. Actuaciones que no han sido del agrado de las casas americanas. El resultado de esto es, en suma, que dichas casas no quieren hacer nuevas remesas de películas a España.

Planteamos el problema con toda lealtad y ateniéndonos a la realidad de los hechos, así como a las funestas consecuencias que pueden producir, con graves perjuicios para millares de personas que hallan sus medios de subsistencia en el negocio cinematográfico.

Nos creemos, pues, en el deber de preguntarnos: ¿Qué ocurrirá la próxima temporada? ¿Cuáles serán los destinos de nuestra industria cinematográfica? Y refiriéndonos a un hecho muy concreto: ¿Qué nuevas películas podrán exhibir nuestros cines y en qué cantidad suficiente para mantener el interés del público? ¿Cuál podrá ser la cualidad de estas películas?

Por su parte, el personal de las casas distribuidoras no oculta su angustia al ver cómo se echa encima la temporada y considerar que no disponen por ahora de material para distribuir. El conflicto que se avecina afecta, por lo tanto, a los locales exhibidores y a las casas distribuidoras. ¿Se habrán de ver unos y otros en la necesidad de interrumpir sus actividades? ¿Podrá ser remedio a esto ir repitiendo el material, tan repetido ya, exhibido en las temporadas anteriores?

No ignoramos que se están haciendo gestiones para remediar en lo po-

sible tan grave conflicto y que los Comités de Control de las casas distribuidoras se afanan por buscar una solución que armonice los intereses de los obreros del ramo de exhibición con las de sus propios obreros. Este noble propósito sería la mejor manera de enfocar la cuestión. Nadie ignora que ambos negocios se complementan y que los perjuicios que sufrirían los unos repercutirían automáticamente en los intereses de los otros. El acuerdo, pues, entre unos y otros debe ser perfecto.

En cuanto a la parte principal del conflicto, esto es, a las diferencias que existen de hecho entre el Comité Económico de Cines y las casas extranjeras, ¿no podría buscarse un terreno de conciliación en que la buena voluntad fuera determinante, esencial?

Nosotros no podemos creer que las cosas lleguen al extremo de faltar buen material abundante para la próxima temporada. Se procurará, sin duda, que aunque con algún retraso se pueda disponer de él. Las casas extranjeras deberán hacerse cargo de la situación anormal por que atraviesan los negocios de nuestro país y que ha repercutido forzosamente en el negocio cinematográfico. Esto exigirá también corregir los yerros que hayan podido producirse.

Lo que es menester es que se logre encauzar este asunto vital por sus vías normales; en poblaciones de retaguardia como Barcelona y Valencia, tan importantes para la cinematografía, hay que pensar que una conducta equivocada puede causar hondos perjuicios.

Y no nos referimos particularmente a los aspectos puramente comerciales del asunto, cosa que, por otra parte, no cabe en el carácter de esta revista. Pensamos únicamente, lo repetimos, en los millares de personas cuyo pan cotidiano está pendiente de la resolución de este conflicto.

Evidentemente no tomamos partido por nadie, pero si fuera necesario insistir lo haríamos decididamente en defensa de los intereses de los obreros de un ramo tan importante como el de nuestra cinematografía.



Astros del cinema español

RAFUEL Rivelles parecía definitivamente alejado del «set». Cuando hace años licenció a su compañía para emprender el viaje a Hollywood, contratado por una poderosa productora yanqui, creímos que el cine absorbería por completo al fino actor de nuestra escena dramática. Y no negaremos ahora que esta idea nos alegraba. En el duelo empeñado entre el teatro y el cine, nuestra simpatía y nuestro esfuerzo se han inclinado hacia el último.

El teatro es un arte de gloriosa tradición, pero, por lo mismo, un arte antiguo que no podrá superarse. No es fácil que surjan, a la vuelta de una esquina, un Esquilo, un Shakespeare, un Lope, un Molière.

Mientras que el cine es el arte nuevo, ágil e intrépido, henchido de promesas.

Además, en España, el teatro es un arte más viejo, más caduco, más sin nervio y sin alma que en ninguna parte.

¿Qué amor, qué simpatía podemos tenerle al teatro contemporáneo español?

Nos alegrábamos, pues, que nuestros grandes artistas abandonaran el escenario por la pantalla.

Presenciamos un desfile imponente hacia Hollywood y Joinville. No todos los artistas de teatro se adaptaban al nuevo arte. Rafael Rivelles, sí. Su figura, su voz, su mímica, se adaptaban perfectamente a las exigencias del cine. Hollywood, que ha hecho fracasar a tantas figuras preeminentes de Europa, consagró a Rivelles en la pantalla. Se impuso el actor, no la técnica yanqui. Ni los asuntos elegidos para su lucimiento, casi siempre flojos.

Fué España quien tenía que devolver a Rafael Rivelles, como a otros artistas, al teatro. Las películas que aquí interpretó Rivelles, tuvieron poca fortuna.

Argumento de escaso interés, personajes de silueta gris, sin sangre y sin espíritu, arrancado, uno de ellos, a la novela, más que antigua, viejísima. Con frecuencia, un libro publicado hace veinticinco años resulta prehistórico en las ideas. A veces, un personaje literario de cuatro o cinco lustros de existencia —y hasta muchos recién nacidos a la vida novelesca y teatral— es contemporáneo del hombre de las cavernas. ¿Y qué actor anima de vida a un personaje así?

El tipo histórico es otra cosa. Está encuadrado en una época, en un ambiente, de los que suele ser el centro. Su moral, sus acciones, tienen una fecha, a la que responden plenamente.

Pero los personajes de la imaginación, cuando no se elevan a arquetipo de raza —el Pedro Crespo, de Calderón; el Peribáñez, de Lope; incluso el Don Juan, de Zorrilla—, son unos pobres peleles que no representan nada ni a na-

die, que carecen de carne y de espíritu literarios.

Remedos tan deficientes de personalidad humana son los que tuvo que encarnar Rafael Rivelles. ¿Pero cómo encarnar a un muñeco de trapo?

Lógicamente tenía que disminuir, si no su afición por el cine, sí su interés por seguir trabajando para el cine. Y se volvió al teatro.

Al fin y al cabo, la antigua dramática cuenta con obras que poseen mérito literario, que tienen emoción humana. Puede lucirse en ellas un verdadero artista.

En cambio, el cine está llevando a su pantalla lo más viejo y endeble del teatro, o asuntos originales sin fuerza y sin belleza.

Cifesa, con «Nuestra Natacha», ha hecho retornar a Rafael Rivelles al cine. La obra de Alejandro Cassona tiene enjundia, vida y un aire de modernidad. Aunque teatro, su asunto y sus personajes, su ambiente y su acción, pueden quedar en el lienzo cinematográfico tan bien encuadrados como en el escenario teatral.

He aquí cómo no se le niega al teatro el camino de luz de la pantalla. No nos oponemos nunca a que una pieza teatral sea trasplantada al cine, mientras tenga la suficiente modernidad, una acción viva, unos personajes de recto trazo psicológico, un ancho horizonte espiritual. Aunque —tampoco hemos de negarlo— prefiramos siempre la obra sentida y realizada directamente para el cine, por razones de técnica y de estilo muy comprensibles.

«Nuestra Natacha», y un mayor acierto en la selección de artistas por parte de los directores nacionales, pueden ser causa de que un actor tan ponderado y eminente como Rivelles, permanezca largo tiempo en los estudios cinematográficos.

Tuve en Valencia —donde le vi últimamente— muy poco tiempo para hablar con Rafael Rivelles. El suficiente, sin embargo, para sacar la impresión de que el gran artista retornaba con alegría al cine, que ignora si lo preferirá al teatro —aunque me figuro que sí—, pero que le atrae e interesa enormemente por lo que tiene de aventura artística, de novedad.

No sería Rivelles un artista de temperamento, un hombre inquieto y curioso, si no le sedujera el nuevo arte, de tan amplias perspectivas.

Unas bellas muchachas interrumpieron entonces mi conversación con Rafael Rivelles, que con su fina sonrisa a flor de labio, me dijo:

—Perdone, amigo Santos, si las prefiero a usted.

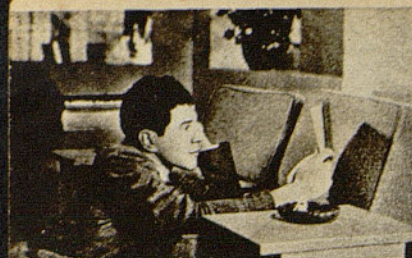
—Yo haría lo mismo en su caso— le repliqué, al tiempo que me alejaba saludándole con la mano.

Mateo SANTOS

Filmoteca
de Cataluña



RAFAEL RIVELLES



Lionel Stander, el rizado y avisado actor de la Columbia, posee una elegancia natural que anestesia. Vedle en esta encantadora pose, donde no se sabe qué admirar más: si la estética griega o la concordancia vizcaína. (Foto Columbia.)



Cuatro burros capitaneados por el experto caballista W. C. Fields —el del centro—. Las señoritas van convenientemente disfrazadas de «Brujas del Oeste». Son unas brujas amables, sonrientes, picarescas. Nos gustaría que al filo de la medianoche se nos aparecieran, aunque fueran a pie, Y sin sombrero. Y sin escoba. (Foto Paramount.)



Leo Carrillo, cuando era un pobre y misero estanciero, en su ranchito de México. (Letra de tango.) (Foto Columbia.)



Un bello modelo de mascota automovilística que causará sensación. Es seguro que con una mascota así más de cuatro choferes perderían la dirección. (Foto Columbia.)

CUANDO LOS AÑOS PASAN PARA NO VOLVER MAS

Esta es la bonita tragedia de la vida de Guy Kibbee y de tantos otros Guys que han interpretado papeles juveniles hasta que...

Guy era galán de una compañía teatral. Los años iban pasando y Guy seguía siendo galán. Una noche trabajaban en cierta ciudad del oeste indómito y caballista. Guy representaba uno de sus habituales papeles juveniles y tenía que liarse a puñetazos con el malo. Cuando iba a pegar a su contrincante, uno del público gritó:

—¡Pégale duro, calvito!

Desde el día siguiente, Guy empezó a ensayar papeles de carácter.



«¡Que me caigo!» grita Eleanor Powell, esperando inútilmente que alguien vaya en su auxilio. (Foto Metro).

FUERA

YO Y SHAKESPEARE

El contrato de la compañía 20th Century Fox con los empresarios británicos estipula que en toda la publicidad de «Como gustéis», adaptación cinematográfica de la obra teatral de Shakespeare, el nombre de Elizabeth Bergner deberá aparecer en letras de doble tamaño que las del célebre dramaturgo.



GANARAS EL PAN...

Un reporter cinematográfico, hablando con Oscar Strauss, rey del vals vienés, le pregunta:

—¿De dónde saca usted la inspiración para escribir sus excelentes obras musicales?

—Las grandes obras musicales —explica el compositor— no se hacen con inspiración. Con sudar un poco es suficiente.



UN REGALO DE BODA

Repase usted en la memoria, usted que

es una asidua lectora de las gacetillas cinematográficas, el nombre de una encantadora estrella recientemente casada por primera vez. Esa es la protagonista de esta historia.

En sus horas de asueto, la estrella se había divertido de lo lindo. Se le habían conocido quince o veinte amigos. Sus aficiones particulares eran entre el negro africano y el rubio sajón.

Ahora se ha casado por primera vez y con tan fausto motivo uno de sus amigos le ha regalado un libro encantador: «La perfecta casada.»



EL PERFECTO PRODUCTOR

Definición de un productor hollywoodense hecha por un periodista:

—Un sujeto que ha de ser enérgico, que ha de ser conciso, que ha de ser definido, que ha de ser decidido y tener un pensamiento muy fijo sobre todas las cosas, pero que acostumbra cambiar de opinión cada cuarto de hora.

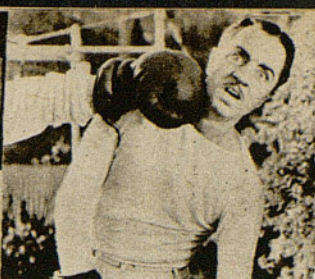


LA ETERNA ESPAÑOLADA

Del «Motion Pictures Herald» del 24 de abril:

«España podrá estar siendo destruida por la revolución, pero el público madrileño continúa teniendo la misma corrección. El otro día, el redactor del New York Times, Mr. Matthews, estaba en un cine cuando tres bombas explosi-

DE PROGRAMA MAMA

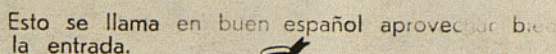


Varias princesas de la edad media, reunidas en un rincón del estudio de la Metro, jugando una interesante partida de mus. (Foto M.-G.-M.)

jo habitual de mister Foster es seleccionar muchachas que quieren probar fortuna en la ruleta del cine.

Una gacetilla de prensa nos hablaba recientemente de un accidente de automóvil ocurrido a William Powell, a consecuencia del cual el excelente actor resultó con contusiones de primer grado. Nuestro activo corresponsal en Hollywood nos manda la información gráfica del accidente. El automóvil era de ocho onzas y la contusión de las traumáticas de izquierda, vulgarmente llamada 'crochet', era, realmente, de primera.

Foto: Warner



¡AHORA SI QUE YA NOS QUEREMOS
ENVENENAR!

Imagínense ustedes que la Columbia está probando monos que tengan «sex-appeal», para aparecer en «La amenaza de la selva». Y para ello, Columbia ha enviado nada menos que a Harry Foster, director de pruebas, para que escoja monos con «sex-appeal». El traba-



Hollywood, dos minutos

HELENA HA TENIDO UN HIJO

Un suceso que en Hollywood ha causado gran sensación: Helen Twelvetrees ha tenido un hijo. Hasta las revistas de puericultura se han ocupado de eso, como cosa curiosa, publicando su retrato y una biografía de lujo que la favorece mucho. Se dice si la Academia de Artes y Ciencias de Hollywood creará para ella algún premio especial.

La noticia ha causado, no obstante, cierto malestar entre el elemento femenino: Miriam Hopkins, Constance Bennett, Gloria Swanson, Bárbara Stanwyck, Irene Dunne y otras muchas celebridades que imponen las modas en Cinelandia, no tienen hijos propios. Los hijos que usan son procedentes del orfanato de Chicago.

La costumbre hasta ahora era ir al orfelinato y decir a la directora:

—Señora: yo quiero un niño rubio, de ojos azules, que tenga tres años y la nariz respingoncita.—

La directora conducía a la solicitante a una sala blanca, con una doble fila de cuinitas blancas; sonaba un timbre; los nenes se ponían en fila de dos; la solicitante pasaba revista como hacen los generales de los noticiarios en las grandes paradas. Cuando llegaba al otro extremo de la sala decía a la directora, toda confusa:

—Mire usted, me pasa como en casa de la modista cuando me enseñan vestidos: me los llevaría todos. Mándeme uno a casa, uno que esté bien. Ya sabe mi gusto.—

Y la estrella se marchaba, dejando tras sí una estela de luz, un rastro de perfume celestial. Y le mandaban a casa, cuidadosamente envuelto en un antiestético y lamentable traje de asilado, el nene rubio que después luciría en las gacetas, en las fotos íntimas, en la biografía.

Helen Twelvetees ha querido salirse de las normas. Ocho meses seguidos estuvo parada. Perdió un poco de gloria y un poco de dinero: exactamente doscientos mil dólares. Ahora vendrá la lactancia, los primeros dientes, la tos ferina...

Decididamente, Helen Twelvetrees es una heroína.



Ann Loring, del
elenco de la Metro,
demostrando lo que
sufrir una mujer en
casa de la modista.
(Foto M.-G.-M.)

vas —faccio-
sas— cayeron
delante del tea-
tro. Hubo mu-
chos susurros y
unos cuantos
murmillos aho-
gados. Al poco
rato, el olor del
gas nitríco pro-
ducido por la
metralla, pen-
etró hasta el tea-
tro y todo el
mundo tosió,
pero nadie se
fué a casa »

El era bombero. Ella tocaba la flauta en una charanga del Salvation Army. Un día, él, sintiéndose el corazón inflamado. No pudo apagar el incendio ni con mil máximas. «Mira —le dijo—. Vamos a casarnos y nos haremos un retrato.» «Retratémonos primero y si sale bonito nos iremos a casar.» Fueron a un fotógrafo de tiempos de Napoleón y se hicieron la foto que figura en el sumario. «¡Si; hacemos una bonita pareja. Parecemos dos recién casados de verdad.» Y se fueron a la oficina del cura protestante y ella dijo: «Háganos un matrimonio para esta fotografía.» «Dése prisa, amigo, que soy bombero y tengo un incendio» dijo él. El cura protestante protestó: «Vaya a apagarlo y después les haré un casamiento bonito que haga pareja con esta bonita fotografía.» «Pastor, pastor —dijo él con las lágrimas en los ojos—, el incendio es en mi corazón y usted es el único bombero que lo puede apagar.» Etcétera, etcétera.

(Foto M.-G.-M.)



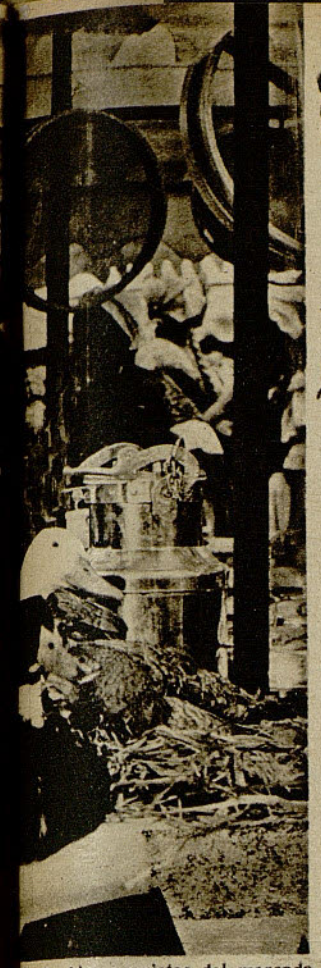
En este pintoresco rincón del pueblecito holandés celebran su encuentro los redactores de FILMS SELECTOS con los técnicos del film «Molinos de viento», acompañados de los protagonistas Roberto Font y María Mercader.

Una VISITA

NOS frotamos los ojos. ¿Estamos soñando? ¿Nos importa mucho responder a esta pregunta? Si soñamos procuremos vivir este bello sueño y ojalá no despertemos hasta la salida del sol.

Estamos en Holanda. Sí, en un delicioso pueblecito de Holanda. En una calle típica, limpia, con sus fachadas en que la madera es decoración y construcción a un mismo tiempo. Construcción racional y a la vez sencilla y adorable belleza. El aire asoleado de esta bella mañana trae salobres perfumes del mar, que no debe de hallarse muy lejos. El bullicio, la cara risueña de la muchedumbre que llena las calles, muestra a las claras, además, que este pueblecito celebra una fiesta y que algo extraordinario sucede en él. Los reposados holandeses, con su filosófica pipa en la boca, beben cerveza en esta linda hoste-

Técnicos e intérpretes esperan la orden de Rosario Pi para empezar a «rodar» una de las escenas más alegres y bulliciosas del film.



Uno de los puestos bien provistos del mercado.

A UN PUEBLECITO HOLANDÉS



La marinería presta una nota de optimismo a esta calleja típica de este delicioso pueblo.

ría. Las holandesitas, con sus bocas sonrientes, sus figuras esbeltas, sus trenzas que brotan de las blancuísimas cofias, van de un lado para otro con sus cestas cargadas de sabrosos víveres, con ramos de irisadas tulipas... Pero entre esta muchedumbre circulan también personajes que no son de aquí: jóvenes marineros, apuestos y elegantes oficiales, que se paran embobados ante la belleza de las niñas del país y se atreven a dirigirlas requiebro en una lengua que ellas no entienden. Ha llegado algún barco extranjero, y a juzgar por el vestir de la marinería, algún barco importante. Nos sentimos invadidos por esta alegría de fiesta popular.

Atravesamos una callecita estrecha y el aire del mar nos sale a recibir, acariciándonos el rostro. ¡Qué esplendidez! Nos hallamos en medio de la sana barahunda de un mercado. En el fondo, el mar que destella a los rayos del sol, las aspas de un molino giran alegres, los puestos están atestados de productos sabrosos... ¡Qué ufanas verduras! Qué magníficos ánades! ¡Qué gritería! ¡Qué bullicio!...

Tanto como deseábamos hacer este viaje. ¿Pero cómo nos encontramos aquí? Dejemos para el despertar estos problemas.

He aquí otra calleja deliciosa. Dos hermosos muchachos están contándose sus cosas. En la esquina, un mozo socarrón dice palabras de amores a una hermosa rubia, mientras acaricia la cabeza del ganso que ella trae en su cesta. Y más allá, un marinero extranjero se enardece en su declaración ante la timidez de la mocita, que le

escucha con la cabeza baja y sonriendo con inquietud sus hermosas trenzas.

Adelante. ¡Vaya una preciosa hostería! No hay duda, estamos en Holanda. Sobre el arco de la puerta leemos en perfecto holandés: «Herberg Van Molen.» Nuestro apetito avivado por el paseo, el aire del mar y el alegre espectáculo, se torna exigente. Entremos. No hay duda... no hay duda... Un precioso interior holandés. Parece el fondo de un cuadro de... de... bueno... ¡Eso! Dejemos la erudición pictórica para otro rato. Comemos opíparamente y la comida indígena nos sienta muy bien. Encendemos nuestra pipa (hav que estar en carácter).

Músicas lejanas nos atraen. La fiesta... la fiesta... Preguntamos. Con signos nos dicen: «Por allí, por allí...»

En una plaza de no mucha cabida se estrujan, bailando a los sonos estridentes de unos músicos que están en un tablado, aldeanos y aldeanas, que giran dándose las manos como en una «kermesse» de otros tiempos. Músicas más allá. Allí vamos nosotros. ¡Qué hermoso espectáculo! El mar otra vez por fondo. El sereno mar de la tarde, las fachadas de las casas llenas de banderitas, que vibran con el viento jugetón. Las aspas de otro molino que parecen bailar, y en medio de la plazuela un raro artefacto como una flor invertida, cuyos pétalos multicolores son cintas sostenidas en sus manos por aldeanos y aldeanas, que alantan, giran, vuelven atrás, cambian de lugar, producen en la parte superior de (Termina en la última página)

EL CINEMA EN LA U. R. S. S.

por Emilio Vuillermoz

La actriz soviética Geimo en «Las tres amigas».



NADIE ignora el importante papel que ha representado el cinema en la revolución rusa. El gobierno soviético se ha servido de la pantalla con mucho método para difundir y vulgarizar su doctrina política y social. Hasta se puede decir que sin las treinta mil linternas mágicas que se iluminan, cada noche, a la misma hora, en todo el territorio de Rusia, la penetración en las capas populares no se habría podido operar de una manera tan rápida y tan eficaz. Lenin no habría podido contar con los ciento ochenta millones de cerebros ignorantes que le legaba el zarismo sin la ayuda del cine.

Deseo examinar, con toda objetividad, el papel que ha desempeñado y representa todavía la pantalla en Rusia, comparando su técnica a la que han adoptado las otras naciones.

Desde el punto de vista de la razón pura, son, evidentemente, los políticos soviéticos quienes han resuelto el problema del modo más lógico y más elevado; como son los que han tratado el cinematógrafo con más miras y quienes lo han tomado en el sentido más serio. Desde la aparición de la imagen animada, los más directos espíritus europeos han subrayado el poder educativo que podría tener la película y han protestado de la orientación impuesta al cinema por los promotores de espectáculos. Es reprensiva la insistente actitud irónica, desdeñosa ante la cinta, de los intelectuales, poetas, músicos, novelistas, autores dramáticos, pintores, sociólogos, moralistas y filósofos, que han mostrado tal imprevisión e incompreensión en nuestra época.

La nivelación por lo bajo que sufren todavía hoy nuestros espectáculos cinematográficos, ha sido la razón de esta falta grave. El cine se ha convertido en la forma más popular y, frecuentemente, populachera de la diversión colectiva. La llegada del «parlante» ha incorporado a los estudios a autores destacados, si bien se encuentran prisioneros de rutinas tan arraigadas que no les permite dar todo su rendimiento.

Históricamente, los cineastas rusos ocuparán después un puesto de honor en los anales del Séptimo Arte, puesto que han sabido transformar las salas oscuras en escuelas nocturnas. Han convertido treinta mil pantallas en otras tantas cátedras de educación nacional. Han puesto sistemáticamente las imágenes al servicio de ideas fuertes y de sentimientos elevados. Se tiene que reconocer que los films «El acorazado Potemkin», «La línea general», «El camino de la vida»,

«La tierra tiene sed», «Octubre», son obras altas y nobles que honran profundamente el cinematógrafo y que nos enseñan todo lo que los otros pueblos podrían hacer del Séptimo Arte si poseyesen la sabiduría de darle la misma importancia moral.

Pero, me diréis, si todos los pueblos se sirviesen de la fotografía animada para dedicarla, como en Rusia, a una propaganda decidida de sus ideas, ¿a dónde iríamos a parar? ¿No se crearían así ocasiones perpetuas de conflictos entre los pueblos, y no asistiríamos, en el dominio del espíritu, a una verdadera carrera para armarse?

Sin duda, mas se ha entender el sentido de la palabra propaganda. No hay duda que los nuevos directores de Rusia han sabido aprovechar el cinema como agente de recluta en favor de su partido. Pero todos los films que versan sobre episodios de la Revolución no son siempre temas impuestos por la presión oficial. Es preciso darse cuenta que una aventura de la envergadura de la revolución rusa se ha convertido para todos los habitantes de la U. R. S. S. en una especie de tema lírico extremadamente apasionante. Es una epopeya homérica. Es un asunto vigoroso, pintoresco, patético y, en ciertos aspectos, casi mágico. Es un episodio extraordinario de la historia mundial, que el pueblo no se cansa de escuchar. Es el público, la multitud, la que quiere ver en el teatro y en la pantalla comedias, dramas, óperas y films que tengan por tema la caída del zarismo, el castigo de los nobles, la muerte de los tiranos, la venganza del obrero y del aldeano y la apoteosis de la fraternidad y del trabajo. Tales motivos esenciales representan ahora el mismo papel que todos los melodramas patrióticos que han seguido a todas las grandes convulsiones políticas y sociales.

La Rusia actual ha visto y ve todavía, cada día, cumplirse verdaderos milagros en el dominio de las artes, de la cultura, de la disciplina social, de la urbanización, de la higiene, de la motorización agrícola y de las obras de asistencia. Es muy natural que las muchedumbres gocen en revivir estas conquistas sobre los tabladros y en las pantallas y en nombrar con satisfacción el botín que les ha costado tantos esfuerzos.

Mas el hombre es el hombre. Ahora que el obrero y el campesino han salido del período heroico de su transformación, piden a la pantalla la diversión y el esparcimiento después de su jornada de trabajo. Los sociólogos y los psicólogos podrían extraer de este fe-

nómeno deducciones bastante preciosas. Obedeciendo al egoísmo sagrado del arte, por mi gusto habría condenado al pueblo ruso a no aplaudir más que a los grandes maestros de moral social, y confieso ingenuamente que he sido engañado al ver las pantallas de la U. R. S. S. invadidas por producciones únicamente recreativas.

Ciertamente los felicito de todo corazón por haber restituído a Charlot su soberanía cómica, pero los estudios soviéticos producen, también, vaudevilles y comedias cuyo occidentalismo me ha sorprendido. Desde el punto de vista del cinematógrafo puro es, incontestablemente, una regresión. Estamos, respecto a las grandes películas rusas de la Revolución, muy retardados en cuanto a técnica y estilo, pero, en materia de comedias y vaudevilles, tenemos, ¡ay!, una gran superioridad profesional sobre los cineastas de Moscú.

Es desconcertante para un espectador occidental ver la pobreza de imaginación y de realización de la producción cómica indígena. No tiene ni el lado étnico y local que podría asegurarle la originalidad. Parece evidente que, de aquí a pocos años, las principales naciones productoras de films podrán inscribir el mercado ruso en sus previsiones, pues el público actual de la U. R. S. S. comienza a situarse exactamente en el estado de ánimo que le permitirá asimilar con éxito los films comerciales de las naciones burguesas. Nada indica mejor la «estabilización» de la moral social soviética que el restablecimiento de la familia, de la herencia, de la caja de empeños y... de vaudevilles en la pantalla.

Uno de los grandes éxitos actuales de la producción moscovita es un film intitulado «El bizco». Es una realización que nos conduce a un music-hall fastuoso, en donde se encuentra exactamente la atmósfera del Gran Ziegfeld, o de las películas de Ginger Rogers. Uno se pregunta cómo el público ruso actual puede adherirse a un ideal de espectáculo tan profundamente americano. Es cierto que la anécdota lleva, de paso, una pequeña lección de moral, pues que combate los prejuicios de los yanquis contra los hombres de color. La trama del film nos muestra, en efecto, que un gran artista no se deshonra porque su hijo lleve sangre negra en las venas. ¡Pero todo el escenario no es más que una apoteosis del lujo de los establecimientos de placer capitalistas! La película es, desde luego, realizada con mucha destreza, muy bien representada y puesta en escena, fastuosamente. Rusia es el país de las sorpresas, pero confieso que no esperaba ver triunfar tan fácilmente el estilo de Broadway.

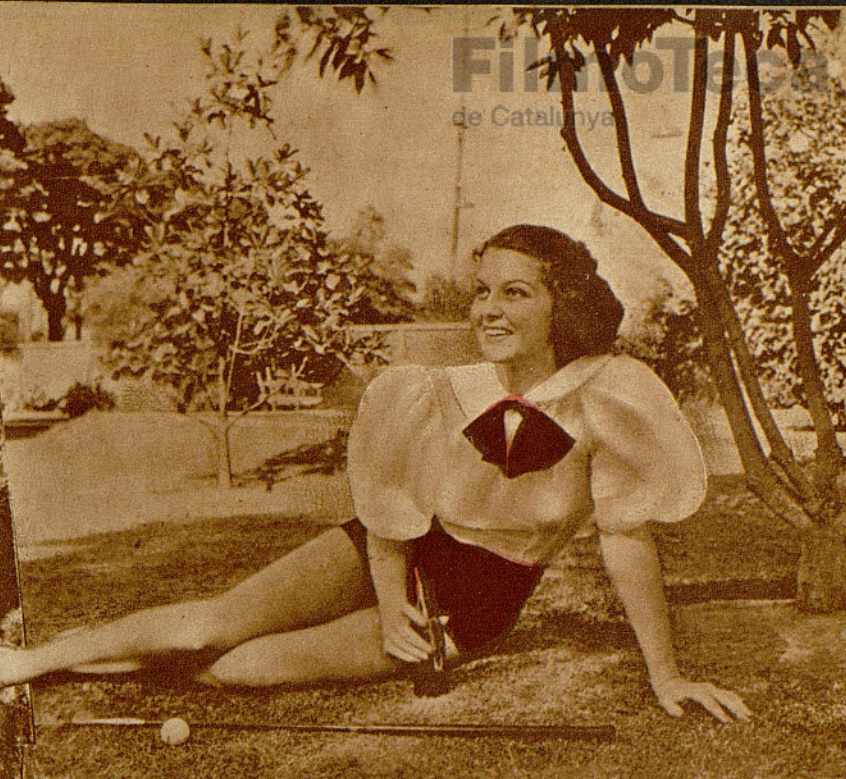
Por el contrario, he visto rodar, en condiciones infinitamente más tranquilizadoras, un gran film en dos partes sobre la vida de Pedro el Grande. En éste también podremos admirar enormes decorados y nutrida figuración. He visto fragmentos, sin montar aún, de un asalto a una fortaleza por los soldados de Pedro I, y puedo afirmar que el director Petrov ha sabido utilizar con mucho acierto los espléndidos recursos puestos a su disposición. Se sabe, en efecto, que el figurante ruso es un artista nato y que lleva a la pantalla relieve y potencialidad humana de excepcional riqueza.

No hay que desesperar del film ruso

(Termina en la última página)

ANN SLHERIDAN

FILMOTEC
de Catalunya



HE aquí varias fotos de esta «Eva» de la pantalla que une a su hermosura la más refinada elegancia. Ann disfruta estos días sus vacaciones en su magnífica casa de campo, cerca de la playa.

Marlene



DIETRICH

La belleza serena de Marlene, su figura llena de sugerencias plásticas, sus facciones, su cabello, y sobretodo ese algo misterioso que se descubre confusamente a través de su mirada y de su sonrisa, son lo que contribuye a rodearla de esa aureola de hechizo que la ha popularizado en el mundo de las imágenes.

Cierto que su buen gusto en seleccionar los trajes y vestidos que han de realzar su belleza y su distinción, son también razones que cuentan en el haber de su éxito, como también lo son su formación y su historia:

El verdadero nombre de Marlene es Von Loesch. Su padre era teniente de uno de los aristocráticos regimientos de granaderos prusianos cuyas filas quedaron diezmaadas en un ataque contra las tropas rusas durante la guerra. Allí murió Eduardo Von Loesch. La familia Von Loesch había dado hombres al ejército por es-

pacio de varios siglos. Marlene creció en el ambiente austero y tradicional de la familia. Su destino era llegar a ser esposa de un oficial del ejército que en el Imperio Alemán era una institución todopoderosa. La etiqueta social constituyó una parte muy importante de su educación. Tuvo institutrices inglesas y francesas, y con frecuencia visitó Londres, París y otras capitales europeas.

La guerra cambió la suerte de Marlene Dietrich y barrió de un solo golpe los privilegios y ventajas de que hasta entonces había gozado, pero su carácter se había formado y nada podía ya destruirlo. En su porte distinguido, su gracia femenina, y su conversación inteligente y culta se revela la sólida educación que en los primeros años de su vida recibió y que hizo de ella una mujer excepcionalmente atractiva y una de las actrices más interesantes de Hollywood.

JAMES CAGNEY



James Cagney comparte con su esposa
las delicias del hogar lejos del torbellino
de los estudios.

(Foto Warner.)



FA encantadora artista francesa, cuyo verdadero nombre es Odette Rousseau, debe al animador Pabst su entrada en el cinema. Si no hubiera sido por él, todavía estaría mostrando sus encantos por los cabarets y «music-halls» de Europa.

Cuando el gran director alemán fué encargado por la Warner Bros. de hacer las versiones francesa y alemana del film «L'opéra de quat'sous», se vió sorprendido por la visita de una mujer menuda, nerviosa y pizpireta, que deseaba la contratara para actuar en dicho film. Se trataba de la encantadora Florelle, que se había presentado en Berlín con el solo objeto de ver a Pabst sin recomendación de ninguna clase. Su pretensión no fué desatendida y, después de las pruebas consiguientes, sufrió una gran decepción cuando alguien le dijo que no servía para el cine. Ya estaba dispuesta a darse por vencida, cuando a los pocos días recibió una carta del propio Pabst, que la felicitaba por lo bien que había resultado en la prueba y le rogaba se presentara en el estudio para encomendarle el papel de protagonista en «L'opéra de quat'sous», que le dió fama de artista internacional.



FLORELLE

debe
al
animador
Pabst
su
ingreso
en el
cinema





La dificultad de representar ante la cámara las pequeñeces de la vida

DICEN las estrellas de cine que el arte de actuar ante la cámara ofrecería pocas dificultades si no terciaran los actos insignificantes de la vida.

La tarea más difícil para un artista no

more, jefe del departamento de maquillaje de la Paramount, durante una entrevista en que dió su opinión respecto a las modas de la próxima temporada.

Westmore dice que el azul, que mezclado con el rojo forma el morado y que durante el año 1936 se usó mucho, contribuyó a añadir varios años a la edad aparente de las mujeres americanas.

—El azul y el morado envejecen a las personas, según los químicos han podido observar últimamente —explicaba Westmore—. Esto explica que las preparaciones para el cutis hayan eliminado por completo estos colores de su composición. El color dominante será el marrón.

Esto se aplica igualmente a los polvos y pinturas para la cara y los labios.

El marrón es un color que da la impresión de salud. En nuestros experimentos para el maquillaje de las actrices nos hemos dado cuenta de este fenómeno, y los institutos de belleza han aplicado la fórmula a las preparaciones usadas por todas las mujeres.

Un experto en maquillaje declara que el marrón es el color más adecuado para las mujeres

EL color azul es el peor enemigo de la belleza de la mujer. El marrón es su mejor aliado.

Así se expresó recientemente Wally West-

es la de interpretar una escena altamente dramática o una situación cómica, sino el representar con naturalidad ciertos actos de pura rutina como encender un cigarrillo, quitarse el abrigo o servir una taza de té.

Los actores experimentados no se arredran ante la perspectiva de tener que representar escenas trágicas o violentas, pero todos están de acuerdo en que la máxima dificultad está en representar con naturalidad ciertas pequeñeces ante la cámara que



Frank Forest, antes de dedicarse al cine, fué profesor de música.



George Raft, boxeador y bailarín.



John Howard, profesor de literatura.



Charles Ruggles, ingeniero.



Y Gary Cooper fué a Los Angeles tratando de hallar empleo como dibujante.

las va recogiendo con despiadada impasibilidad.

Barbara Stanwyck, sorprendida durante un descanso en el «set» del film Paramount «Los practicantes no cobran», declaró que uno de sus temores era el de tener que servir té ante la cámara. Este detalle entró en una escena de una de las primeras películas de su carrera y todavía recuerda con horror el mal rato que pasó.

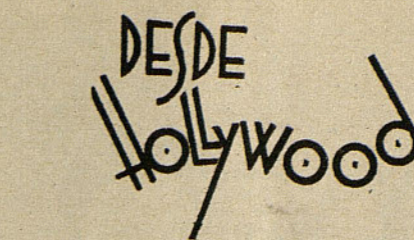
—Cada vez que veo un juego de té me acuerdo de aquellos momentos de angustia —dice la agraaciada actriz—; me acuerdo del miedo que pasé cuando agarré la tetera y el temor que tenía de que la cámara traccionara mi miedo.

Yo creo que estas pequeñeces constituyen una verdadera prueba para el actor de cine. Cuando representamos escenas dramáticas podemos permitirnos libertades de interpretación. La naturalidad no tiene una importancia máxima porque los momentos dramáticos no son corrientes en nuestra existencia.

Pero para fumar, comer o, sencillamente, andar frente a la cámara, se requiere una gran dosis de naturalidad y, por lo tanto, de talento.

Claudette Colbert confesó que se alegraba mucho de que las mujeres puritanas no fumasen, ya que con ello se ahorra el tener que encender cigarrillos ante la cámara durante el rodaje de su reciente película «La doncella de Salem» producida por Frank Lloyd.

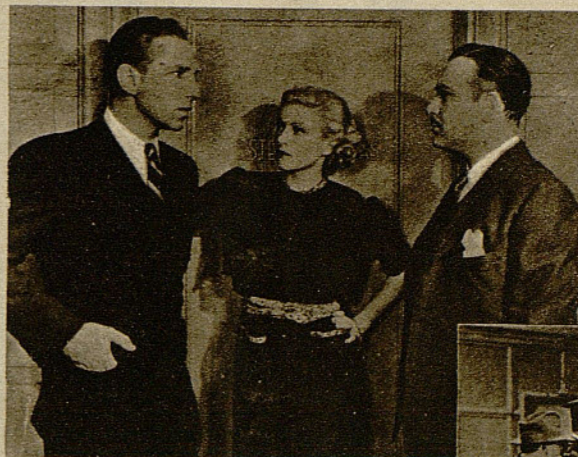
Uno de mis primeros actos en las tablas fué precisamente el de encender un cigarrillo —dice Claudette— y a pesar de que estaba acostumbrada a fumar, mi mano temblaba cuando tuve que hacerlo delante del público.



Cómo se hacen las películas en Hollywood

AL penetrar en el gigantesco escenario notamos un olor a pólvora y observamos que la humareda de repetidos disparos se repartía por su interior.

Las pesadas puertas se cerraron a nues-



Una duda ha interrumpido la conversación entre Lloyd Nolan, Akim Tamiroff y Claire Trevor en una escena de «El rey de los jugadores».

tra espalda, e inmediatamente sonaron varios disparos. A pesar de lo acostumbrados que estamos a toda clase de escenas violentas, nuestro aplomo no se ha restablecido completamente cuando Akim Tamiroff surge de pronto a nuestro lado, y entregando un revólver todavía humeante a uno de los tramoyistas, nos saluda con su acostumbrada amabilidad.

No se asusten—nos dijo, sonriendo, y abarcando con un gesto de su mano derecha a todos los actores añade:—Vamos a cambiar unos cuantos tiritos.

Echamos una ojeada a nuestro alrededor para comprobar que los disparos que habíamos oído al entrar no habían causado ninguna baja entre los presentes.

Una de las «script girls», muchachas encargadas de seguir los detalles del guión, nos dice en tono confidencial, señalando a Tamiroff con un gesto de su cabeza:—Díce que cuando dispare cierra los ojos.

Robert Florey, director de esta película, cuyo título provisional es «El rey de los jugadores», intercala una observación que a nosotros nos parece un tanto maliciosa. Exagerando su seriedad le pregunta a Tamiroff:

—¿Por qué no usa usted una pistola de juguete? ¿Qué hacía usted cuando estaba con Kerensky?

Esta última pregunta se refiere a una época de la vida del actor en que al parecer estuvo intimamente ligado con el infortunado jefe revolucionario ruso.

Tamiroff enciende un cigarrillo con la mayor tranquilidad y sin dignarse contestar permanece impasible escuchando el diálogo entre otros dos miembros del personal técnico.

—¿Qué clase de carga usan?— pregunta el fonografista al jefe de utilería.

El objeto de esta pregunta es determinar de antemano el volumen de sonido de los disparos que se hagan cerca del micrófono. Número 38 entero—contesta el interpelado.

—Puede romper una válvula— comenta el fonografista mientras decide qué medidas tomar para evitar un contratiempo.

Pero Robert Florey no parece preocuparse grandemente de este detalle y un instante después suena la orden de «A sus sitios». Tamiroff y dos actores más entran a escena en el momento en que una veintena de enormes lámparas lanzan sus poderosos rayos sobre una oficina suntuosamente amueblada que, según el argumento, pertenece a Tamiroff, jefe de una banda de jugadores.

Tamiroff va a sentarse a un lujoso escritorio colocado frente a la cámara. Otro actor, Robert Glecker, se coloca frente a él al otro lado del escritorio y de espaldas a la cámara. El tercero, Paul Fix, está en el fondo de la habitación preparándose para entregar a Tamiroff su abrigo y su sombrero en el momento designado. Fuera del campo de acción de la cámara vemos a la heroína del film, Claire Trevor, descansando

... su silla de loná. No teniendo que trabajar en esta escena se dedica a estudiar su papel. —¡Cámara! ¡Acción!— ordena Florey.

Glecker inicia el diálogo y dirigiéndose a Tamiroff exclama con cierto temor:

—No volverá a suceder.

Un gesto diabólico contrae las facciones de Tamiroff mientras replite:

—No... no volverá... a suceder.



Akim Tamiroff descubre que el sendero del crimen está sembrado de escollos en esta escena de «El rey de los jugadores». Lloyd Nolan lo contempla con fijeza dispuesto a aprovechar la menor ocasión para echárselo encima.

De pronto levanta su mano derecha que ocultaba detrás del escritorio. En ella aparece el arma mortífera con que había estado ensayando unos momentos antes.

Suenan dos disparos y Glecker se desploma sobre el escritorio. Para los fines de la película, el actor acaba de ser asesinado a sangre fría... Dirigimos una mirada rápida a Claire Trevor tratando de averiguar qué efecto le produce este acto de implacable crueldad.

¡Oh sorpresa! Claire sonríe alegremente no decidiéndose a quitarse los dedos de los oídos.

—¡Corten!— grita Florey.

El «cadáver» se levanta sacudiéndose el polvo de su traje. Claire sigue riéndose y todo el mundo la mira con aire interrogador.

—Akim—dice dirigiéndose al actor—, fíjese en el revólver. ¡Ese es el mío, el de puño de nácar! ¡Lo maté con mi revólver!

Florey conversa unos instantes con el «cameraman» y anuncia sonriendo:

—No importa, sirve la «toma». La víctima cayó de tal manera que tapó la mano de Tamiroff y el revólver no se ve.

—De todos modos, que me devuelvan mi revólver—dice Claire—. No quiero que hieran a alguien y me echen la culpa a mí.

LUIS ALONSO



MILICIAS DE PAZ

I

FILMS PARAMOUNT
**Novelización
de María Luz**

INTÉRPRETES:
**Fred Mac Murray,
Jack Oakie,
Jean Parker y
Lloyd Nolan**

¡EL Estado de Texas! ¿Sabéis bien lo que es el Estado de Texas? Es el más extenso entre todos los de la Unión Americana, y el más famoso, por muchos conceptos... Es la tierra de los valientes luchadores que en el Alamo rechazaron a las tropas de Santa Ana, que, en el transeurso de unos pocos —muy pocos— años, transformaron un árido desierto en magnífico imperio. Cien años hace ahora desde que Texas se incorporó a la vida civilizada, cien años desde que realizó sus gloriosos hechos... América entera celebra hoy la epopeya de aquellos rudos rancheros cuyo animoso espíritu fué la base del floreciente estado. ¡Rancheros de Texas!...

No son, precisamente, rancheros de Texas estos dos que avanzan por la llanura, en sus caballos, con el fusil al hombro, gesto osado y avance cauteloso... ¿Qué son, entonces? ¿Quién lo sabe! Lo que sí sabemos —basta verlos— es que se trata de dos aventureros, de los que tal abundancia hay en el país, dos «hombres malos» de los que viven a salto de mata, sin pensar nunca en el mañana, pues bastante hacen con preocuparse por el hoy... Uno de ellos, Jim Hawkins, es joven y es apuesto, goza fama de ser el mejor jinete de las amplias llanuras, y su espíritu y su temperamento corren, infatigables, en busca de emociones, como su caballo, veloz, en busca de aventuras... Wahoo Jones es un tipo más vulgar, colorado y rechoncho, simpático y ale-

gre... y, sin embargo, quienes lo conocen dicen que es un sentimental.

Avanzan por la llanura desierta. El país es todavía un páramo. Sin duda tienen alguna cuenta pendiente con la autoridad, pues su paso y su actitud son de huida; sin duda buscan algo, o a alguien, pues, de tanto en tanto, se detienen y escrutan el horizonte incendiado por el sol que se pone. Wahoo rezonga:

—¿Y aún tienes la pretensión de encontrar a Sam en este país?... ¡Si esto es el fin del mundo! ¡Texas!... ¡Valiente páramo! Si aquí no hay ciudades, ni ranchos, ni muchachas... No hemos visto ni dos conejos ¡en dos días! No querrás convencerme todavía de que estamos en territorio de los Estados Unidos.

Jim se encogió de hombros. Respondió, enérgico:

—Encontraremos a Sam, aunque tenga que meterte, para ello, como a un hurón, en cada hoyo de las praderas.

—¿Y si es Sam el que está plantado seis pies debajo de tierra?— murmuró Wahoo.

No. Estoy seguro. Sam no puede morir así como así. Es demasiado duro de pelar. Si seguimos buscando con ahínco, al fin lo encontraremos. El decía siempre que había de volver junto a María, aquella muchacha de quien siempre nos hablaba— repuso Jim, con un matiz de añoranza en la voz. ¿Por la muchacha desconocida? ¿O por el amigo perdido, tal vez para siempre?

El plácido Wahoo hizo una mueca, de impaciencia.

—¡María!... Hemos hablado ya con diez y seis Marias. Toda chica mejicana se llama María... y ninguna de ellas conoce a nuestro amigo Sam McGee.

Jim bajó la cabeza. Como siempre, por boca de Wahoo hablaba el buen sentido, la lógica, la verdad pura. Con María, o sin María, era lo cierto que, desde su última «hazaña» que les separó de Sam, llevaban andadas millas y más millas en su busca sin lograr dar con él. Los dos amigos cabalgaron, en silencio, un buen rato.

—¿Cuánto dinero nos queda?— preguntó, al fin, Jim Hawkins.

Wahoo dejó oír una sonora carcajada. —¡No seas gracioso! Nuestra última moneda se quedó allá abajo en el barranco...

Los claros ojos de Jim se fijaron en la loma más lejana.

—Bien —suspiró—. Habrá que volver a trabajar...

—¡Eso es hablar como un hombre sensato!— chilló Wahoo. Y tiró su sombrero al alre, en señal de alegría. Luego cabalgó

cantando, con voz atronadora, en el silencio de la estepa:

No. A mí no me enterrarán en la desierta pradera...

¡Trabajar, trabajar...! No es tan fácil como parece ajustarse en los caminos y asaltar diligencias, cuando se ha perdido al mejor de los compañeros, y los que eran tres se han quedado reducidos a dos... Además, Jim Hawkins siente, en el fondo de su corazón, un amargo descontento... No sabe bien qué, pero en la aventura del robo por el robo, no encuentra —especialmente ahora que le falta el estímulo de la presencia de Sam, hombre de pelo en pecho— la emoción ansiada...

Un tumbó, otro tumbó. Inútil siempre la pesquisa tras Sam. Alguna aventurilla sin importancia. Otra, más arriesgada. No hay más remedio que volver a asaltar diligencias... Mas ¿cómo, siendo tan sólo dos...? Wahoo busca un empleo de mayoral; su compinche, el soñador, avisado de la ruta que deberá seguir el vehículo, lo aguardará en el camino, con una pistola en cada mano... Plan de gran osadía... pero que fracasa, porque en la diligencia viaja un valiente perteneciente al recién formado cuerpo de guardias rurales (rancheros de Texas). Wahoo logra avisar a su compañero, a tiempo de que, en vez de asaltar la diligencia, suba a ella...

La tarde cae. Sigue la diligencia su ruta somnolenta, cuando he aquí que, de pronto, tras una loma, aparecen tres salteadores, tres bandoleros. Intimidan a los viajeros, apuntándoles sus pistolas, mas el guardia rural, primero solo, luego ayudado de Jim y Wahoo, da buena cuenta de ellos...

Terminada la lucha —que es recia— Jim siente que un nuevo anhelo le ensancha el pecho. Si; son hombres, muy hombres aquellos texanos de la guardia rural... Y ¡con qué tranquilidad se duerme, dejando atrás el deber cumplido!...

II

JIM Hawkins y Wahoo Jones decidieron cambiar de oficio. Emoción por emoción, más valía servir a la patria que desvalijar viajeros. Además era casi más productivo: por lo menos tendrían aseguradas tres comidas diarias. Hasta que encontraran a Sam y él decidiera, como jefe del trío.

En el humilde despacho del Mayor Bailey, Jim Hawkins daba vueltas a su sombrero. Las palabras se le atragantaban, sin acertar a formular la presentación.

—Yo... yo soy... Jim Hawkins. Y éste es... Rubén Jones... Pero le llamamos Wahoo... Nosotros... antes...

El Mayor Bailey le interrumpió, con un gesto.

—Blen, muchacho. Ya sé bastante. En esta punta de mundo no se le deben hacer a ningún hombre demasiadas preguntas. Por eso no necesito que me digáis los motivos que os han impulsado a venir a reuniros con nosotros... Supongo que no será la perspectiva de una vida fácil... A veces se divierte uno... pero eso es por añadidura. Pero ser un buen ranchero de Texas significa algo más que cobrar una paga. Más importante es saber que el servicio de rancheros tiene ya una bella tradición. Nada más...

Y los dos mozos, que le habían escuchado con la boca abierta, contestaron más sinceros de lo que a sí mismos se hubieran creído:

—Sí, señor. Sí, señor.

Fuera de la oficina de reclutamiento, Wahoo volvió a tirar al aire su sombrero.

—¿Qué se habrá figurado ese viejo carrablasta... El no sabe que ha dado con la mejor pareja de tiradores que jamás se haya echado a la cara...

—¡Calla, zoquetel! —ordenó Jim—. Tú no lo sabes, pero hay algo más que todo eso; algo más que la paga, y los tiros, y el robo, y el premio... Algo que no es nada y es todo... Algo que yo no sé explicarte, pero que es, así como... tener una misión que cumplir, ser útil para algo...

—Si; eso debe de ser —asintió Wahoo, rascándose la cabeza. Pero no lo entendió muy bien...

Los dos compinches no tardaron en tener

asignada su misión. Pertenecían al batallón de Frontera y se les había destinado a la persecución de cuatros o ladrones de ganado. Wahoo se resistía un poco al cumplimiento de esta consigna, pero el entusiasmo de Jim no podía por menos de arrastrarle...

Un día, ¡gran acontecimiento!, un día Jim y Wahoo vadean Río Grande en persecución de una banda de cuatros... Van solos, se arriesgan hasta dar con el jefe de los malhechores, y... ¡cuál no será su sorpresa al encontrar que no es otro que el mismísimo Sam! Todo se olvida; hay abrazos, ombreros al aire, bienvenidas... Sam no cabe en sí de la alegría e invita a sus antiguos camaradas a ir con él a la cabaña donde tiene su cuartel general... y donde tiene a María, la muchacha de sus sueños.

Mas, pasados los primeros transportes, Jim y Wahoo parecen tímidos, confusos. Hay como un hielo que corta las palabras, los impulsos. Los tres amigos no se sienten ya, en la misma presencia, tan plenamente a gusto como en los viejos tiempos.

Es Sam McGee quien rompe el silencio.

—Blen. Vamos a lo que importa. Escuchadme atentamente. Ahora que estamos otra vez juntos, podemos reunir cien cabezas de ganado en poco tiempo. En este Estado las hay a miles, a millones...

Jim mira al techo. Wahoo al suelo. Sam, el rudo cuatros, se impacienta.

—¿Qué os pasa?... ¿Es que no estáis conformes? ¿Acaso no hemos hecho siempre tres partes limpias? ¿Váis a desconfiar ahora?

Jim Hawkins rompe su ensimismamiento con un fino silbido. Da con el codo a su compinche.

—Díselo tú, Wahoo.

—¿Qué es lo que ha de decirme? —ruge Sam, ya a punto de perder la paciencia. Wahoo comenzó, con precipitación y energía:

—Sencillamente, que... —y aquí bajó la voz y el tono— que... no pudimos evitarlo, Sam. Estábamos arruinados...

—Y hambrientos —corroboró Jim.

—Y todo por buscarle...

Jim le interrumpió.

—Querido Sammy: tenéis delante a los dos mejores guardias rurales del Estado. —Sam McGee les miró atónito.

—¡No querrás decir que... que sois rancheros de Texas!

—Precisamente eso. Los dos mejores rancheros del estado de Texas.

Sam frunció, primero, el ceño. Después se echó a reír, a reír, a reír... Parecía que su risa —llena, franca, sonora— no fuese a acabar nunca. Y aquella risa hería a Jim como si cada eco fuera un puñal acerado...

—¡Rancheros de Texas!... ¡Blen, blen! He aquí la mejor ocasión para volver a trabajar juntos, como en tiempos pasados... ¡Rurales del Estado!... ¿No comprendéis que vais a serme unos inapreciables aliados? Vosotros me podréis dar informaciones preciosísimas... Cuando una diligencia lleve oro...

De regreso hacia el cuartel de los rurales, Wahoo iba más cabizbajo que de costumbre... En cuanto a Jim Hawkins... ¡ah!... Jim Hawkins iba dado a todos los demonios.

III

AQUEL día fué, por muchos conceptos, memorable para los dos amigos. En la jornada de regreso, cuando, preocupados y



entristecidos, apenas se atrevían a hablar por no tener que comunicarse sus dolorosos pensamientos, llamó, a lo lejos, su atención, el espanto de una granja incendiada. Acudieron, al galope de sus caballos, y hallaron, hallaron...

Era evidente que, por allí, habían pasado los indios rebeldes. Los campos habían sido arrasados, incendiada la casa, asesinados los habitantes. Unicamente el pequeño David, el hijo del granjero asesinado, había quedado con vida. El terror le paralizaba y sus ojos se abrían desmesuradamente, mientras sus labios apenas acertaban a balbucir incoherentes palabras...

Los dos amigos acudieron al niño, consolándole y ayudándole a montar a uno de los caballos. El cuidado del pequeño les hizo olvidarse de sus propias tribulaciones. Ya cerca del cuartel de los rurales, sienten el corazón más ligero... En el de Jim Hawkins, resuenan de nuevo aquellas frases que dijo, un día, a su amigo: «tener una misión que cumplir... ser útil en algo... para algo...»

Y el fin de la jornada no fué, ciertamente, menos conmovedor. El pequeño David, el infortunado huerfano, fué llevado por los dos amigos a casa del Mayor Bailey, y recibido con los brazos abiertos, por el bravo y veterano soldado, por su esposa y por su linda hija Amanda. Muchacha valiente, franca, acostumbrada al ambiente rudo de la planicie texana, ¿quién dijera que podía ser capaz de tan delicada y sutil ternura? Entusiasmada con el huerfano le rogó quisiera quedarse, para siempre, en aquella casa, donde encontraría una nueva familia... Y Jim Hawkins, mirándola, oyéndola, no podía apartarse de allí.

Tampoco a la linda Amanda pareciale costal de paja el nuevo guardia rural...

VOLVIERON los indios. En las últimas convulsiones de su empeño por conservar las tierras de sus mayores libres de la planta del blanco, volvieron con ímpetu mayor; bravos y salvajes, lo arrollaron todo, amenazaron destruir la naciente civilización... y fué preciso darles la batida.

Los valientes rurales de Texas salieron a su encuentro. Los mandaba el propio Mayor Bailey. La lucha fué dura, encarnizada. Aquellos indígenas luchaban ya en el furor de la desesperación, decididos a morir —cuando menos— matando. La batalla fué larga. Y en ella perdió el Mayor Bailey a todos sus hombres... a todos, a excepción de Jim Hawkins y Wahoo Jones. Este último quedó, sin embargo, gravemente herido.

Se le transportó también a casa del propio Mayor Bailey, y lo mismo que, antes, el pequeño David, fué allí cordialmente acogido. Las heridas requerían una larga curación, pero esto al satisfecho y gordiflón Wahoo, no le importaba. La vida transcurría, en casa del Mayor, para él, más dulce y más grata que jamás lo había sido. Las damas le mimaban; el jefe le trataba con toda consideración. Era feliz. Y, por momentos, se borraba de su mente el encuentro con Sam McGee, el antiguo compinche, que había venido a poner delante de él y de Jim el fantasma de la vida pasada.

Un día, ya convaleciente Wahoo, fué a verle su amigo Jim. El sí había vuelto a entretenerse con Sam y no pudo por menos de contárselo al herido. De nuevo Wahoo bajó la cabeza y guardó silencio.

—Hemos escogido para ti un trabajo bastante suave... Pero ¿por qué te callas? ¿Qué es lo que piensas?

—Pienso que... no me creas un sentimental... tú me conoces bien y no puedes creer que lo sea, pero... ya ves... aquí se nos quiere, ¿no te parece? Estamos entre gente recta, entre verdaderos amigos, por primera vez... y nos divertimos, ¿verdad, Jim?

—Siempre nos hemos divertido.

—Estamos tan bien entre un puñado de valientes. Acuérdate cuando Rodríguez quiso escalar aquella escarpada pendiente... sabiendo que podía matarse. ¿No fué una de las hazañas más bonitas que jamás habíamos visto?

—Sí. Rodríguez era un gran hombre. Hacía lo que decía —repuso Jim cabizbajo.

—Y el capitán Stafford, ¿recuerdas cómo murió? Fué algo grande.

—Sí. Me gustaba ese Stafford.

seis
noo.
corir
lar.
fin
que
mu-
re-
la
¿O
pre?
de
diez
ama
stro
por
ido,
sin
ima
ban
usca
ca-
gun-
mo-
la
r a
en-
ero
algó

—Y todos ellos con mujer... con hijos. Dando la vida con gusto... mientras que tú y yo...

—Pero Jim se había entrevistado demasiadas veces con Sam. Y la voz de Wahoo era como la voz de sus conciencias. Levantándose de un brinco contestó con acento salvaje:

—¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Crees que no veo cómo estás pensando en volverte atrás? Pues te equivocas. Jim Hawkins no se vuelve atrás nunca.

En aquel momento se iluminó la estancia del herido con una clara luz y un torrente de armonía llenó casi las vacías paredes. Amanda Bailey había entrado en la habitación para enterarse del estado de salud de Wahoo.

—No sabía que estuviera usted aquí— dijo Jim.

El rural empezó a dar vueltas a su amplio sombrero.

—Estaba ya a punto de marcharme— dijo confuso.

Pero la muchacha le interrumpió con una de sus francas carcajadas.

—Siempre está usted a punto de marcharse. ¿De qué tiene usted miedo? ¿Del sarampión?

—Lo tuve de chico. Sí: será mejor que me marche.

Y lanzando una mirada, mezcla de furia y de amor, a la hija de su jefe, el ranchero se alejó del cuartel general.

Hubo un silencio entre el herido y su enfermera. A través de la ventana Amanda contemplaba el caballo de Jim devorando millas pradera adelante. El satisfecho Wahoo fué el primero en hablar:

—Buen chico ese Jim.

—Tal vez —replicó ella—. ¿Pero por qué no le gusto?

—No diga usted tonterías. Le gusta usted más que nada en el mundo. Precisamente en este instante hablábamos de usted.

Amanda movió la cabeza negativamente. El convaleciente insistió.

—Jim esta loco por usted. Cuando perseguíamos a los indios no me hablaba de otra cosa. No puede imaginar usted lo pesado que se pone cuando empieza a hablar del color de sus cabellos y del de sus ojos... de lo que hace y de lo que deja de hacer... No tiene ojos más que para usted; créamelo.

IV

AQUELLA noche Amanda fué al encuentro de Jim y de buenas a primeras, con su franqueza habitual, le repitió las palabras de Wahoo.

—Sé que me quieres. Yo también te quiero. Las mujeres de estas llanuras texanas tenemos derecho a escoger el hombre a quien amamos...

El se quedó atónito y no respondió. Entonces Amanda se empinó en las puntas de los pies, le dió un beso y echó a correr.

Jim Hawkins no sabía qué pensar ni qué decir. ¿Ir en su seguimiento? ¿Contárselo todo al Mayor? ¿Huir de aquellos lugares para siempre y unirse a la banda de Sam? Como muchas gentes en su lugar, alivió su perplejidad atendiendo en primer término al deber inmediato. Y a todo galope se dirigió a Kimble County para donde llevaba la orden de arresto de una pandilla de bandidos. Mas también allí le salió al encuentro su vida pasada. En el bar se encontró con Sam...

—Sé a lo que vienes —le dijo el cuatrero— y supongo que trabajarás por nuestra cuenta, no por la de tus jefes de la guardia rural.

—No sé... tengo que explicarte algo, Sam...

Pero antes de que Jim hubiera expuesto sus escrúpulos a su antiguo compinche, un grupo de ciudadanos que estaba junto al mostrador se dirigió a él. Destacóse uno de ellos y dijo con voz sonora:

—Perdonen que les interrumpa, pero tengo algo que decir y quiero que todos me oigan. Acaba de llegar el ranchero Hawkins, como representante de la ley en Kimble County. Esta llegada es para nosotros de gran importancia, pues sabemos cuánto vale como cumplidor de la ley. En homenaje de bienvenida hemos comprado el rancho mejor del país... y se lo vamos a regalar en señal de aprecio.

Estas últimas palabras fueron coreadas por urras y vítores al nuevo representante de la ley. Jim bajó la cabeza y apenas pudo balbucir:

—Gracias... muchas gracias... es muy amable de su parte...

Salió del bar. Sam le siguió.

—¿Qué vas a hacer con el regalo?— preguntó no sin cierta ironía.

—Algo que tú no esperas. Algo honrado, algo para mí— dijo en tono enérgico.

—¿Algo honrado? Si no te explicas mejor...

—Entre nosotros todo ha concluido, Sam. Sam se detuvo y le miró a la cara con sorna.

—¿Qué es esto de que todo ha concluido? No te entiendo. Hay cosas que no pueden concluir...

—Esta sí. Quiero ser un hombre honrado. Tú irás por tu camino y yo por el mío. No te perseguiré, te lo prometo..., pero no te ayudaré. Y tú no actuarás para nada en Kimble County. Esta será nuestra zona de paz.

—No te conozco, Jim... no te conozco.

No sé lo que me ha pasado desde que llegué a este país... He cambiado de modo de pensar..., de sentir. Acaso sean las palabras de mi compañero Wahoo..., acaso algo que me ocurrió antes de venir..., tal vez las palabras de ese hombre del bar. El caso es que quiero ser libre. Me parece que cuando un hombre encuentra el camino perdido...

Sam se encogió de hombros y dijo:

—Sigo sin entenderte..., pero si crees haber encontrado un camino mejor... es suficiente para mí. Anda, volvamos al bar y beberemos otra copa.

—Tú la beberás a mi salud. Adiós... espero que no nos volveremos a encontrar nunca más.

Sam se echó a reír con sorna.

—Nos volveremos a encontrar en la llanura y en los poblados... los rurales de la unión no quedarán creyendo..., pero volveremos a beber juntos otra vez.

—Hasta entonces, pues.

—Hasta entonces.

V

JIM volvió al cuartel general de los rurales. Durante algún tiempo no volvió a saber de Sam. Esto no le apenó gran cosa, pero sí le dolió no ver en muchos días a la linda Amanda. No podía vivir sin ella y andaba como un hombre que ha perdido el juicio.

Por fin, cierta noche la vió en el campo de los rurales y, cosa rara, se acercó a ella sin asomo de su pasada timidez.

—¿Cuándo te convenciste de que yo era la única muchacha que había en el mundo?— preguntó la joven.

—La noche que me obligó a besarla... a besarte.

Amanda se fingió muy escandalizada.

—¿Obligarte yo? Si yo le esquivaba y estaba avergonzadísima.

El se echó a reír.

—Ah, sí, naturalmente.

—Bueno, nada más me avergoncé un poquito.

Hubo una pausa. Fué la traviesa muchacha quien volvió a hablar.

—Bueno: y ahora ¿qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé.

—¿Verdad que seré una desposada bonita?

—Es que... no había pensado aún en ello.

—Pero... si lo hubieras pensado... y me

hubieras preguntado... y yo muy contenta hubiera dicho que sí... y nos fuésemos a casar... todo esto son suposiciones, claro está... ¿Dónde viviríamos?

Jim le rodeó el talle con el brazo.

—Con cuarenta dólares al mes no podríamos vivir más que en Texas. Tengo los ojos puestos en un rancho...

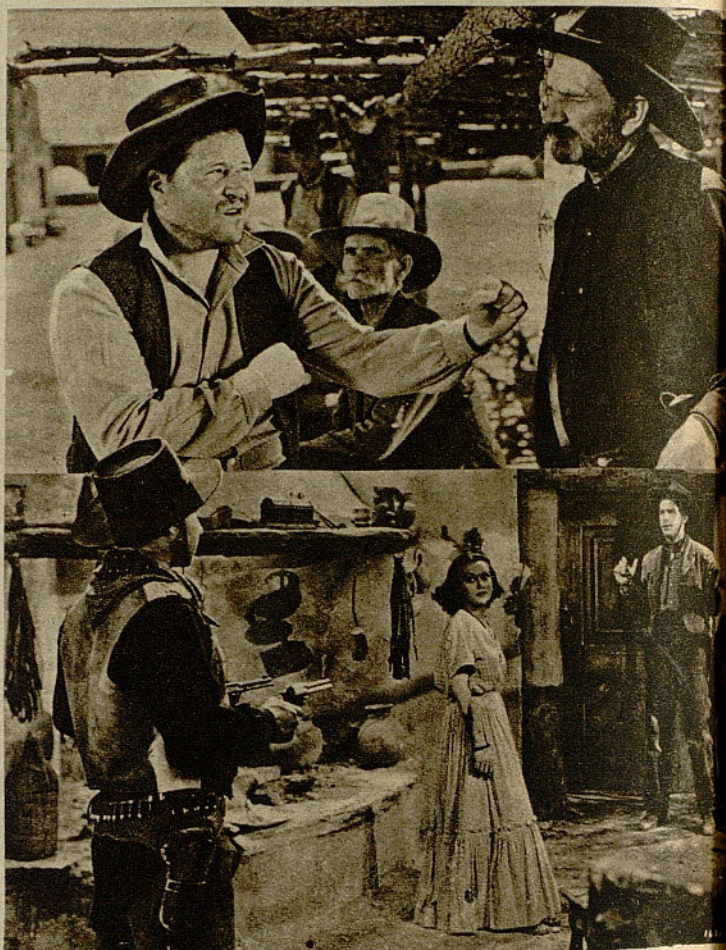
Ella palmoteó.

—Un rancho... ¿y decías que no lo habías pensado? Dime, ¿dónde está ese rancho?

—En Kimble County —sonrió Jim—. Es el terreno más productivo del estado, en todas partes se encuentra tierra para cultivar...

El coloquio se hacía cada vez más interesante y más íntimo. Inoportuno como de costumbre, el gordiflón Wahoo vino a interrumpirlo, llamando a Jim de parte del mayor.

Antes de que se presentara a su jefe, Wahoo informó a Jim de que algo grave sucedía. En pocos días, una banda de malhechores había cometido infinidad de fechorías. Trenes asaltados, bancos robados, ranchos asolados e incendiados después de asesinar a los honrados campesinos. El jefe de la banda era un tal «Polka Dot», a cuya cabe-



za se había puesto precio para restablecer la paz y el orden en Texas... Consternado, Wahoo murmuraba, al oído de Jim:

—Y ese «Polka Dot»... es Sam, nuestro viejo compañero Sam. Estoy bien seguro de ello.

LA orden que Jim Hawkins recibió de su superior era absolutamente terminante. Había que cazar a aquel bandido, muerto o vivo. Respecto a su identidad, ya no cabía la menor duda.

—Ya no se trata de simples raterías, o de escaramuzas con los ladrones de ganado —dijo el Mayor Bailey—. Ahora son verdaderos crímenes, de los que resultan víctimas policías, sheriffs, rancheros... El jefe de la banda es, evidentemente, ese «Polka Dot», en otros tiempos Sam McGee.

El Mayor hablaba paseando, arriba abajo, abajo arriba, por la estancia. Jim, con la cabeza baja y dando vueltas, entre sus dedos, al sombrero, le escuchaba, consternado. Al fin, levantó la cabeza.

—No me gusta esa clase de trabajo— dijo, lenta y claramente.

El Mayor Bailey le miró a la cara.

—Explíquese mejor.

—Preferiría que no me forzase a explicarme.

El Mayor gritó, exasperado:

—¡Muy bonito! Se niega a cumplir mis órdenes y aun me dice que no quiere explicarse. Pero eso no puede ser..., no será... ¿Qué motivo tiene usted para no querer ir contra «Polka Dot»?

—He trabajado rudamente, Mayor... —balbuceó Jim—. ¡Lo mismo que ese forajido!

Sin atender a la interrupción, Jim continuó, tímidamente:

—... Y desearía unas vacaciones... porque, la verdad..., estoy buscando un rancho... pues, su hija de usted, la señorita Amándita... y yo... quieramos casarnos...

Contra lo que Jim aguardaba, el valeroso jefe no se asombró mucho ni se alteró lo más mínimo.

—Bien —dijo—. No crea que eso es nueva cosa para mí. Ya hablaremos de ello cuando haya usted cumplido su misión. Se marchará usted mañana por la mañana. Escoja cuatro hombres, los que usted quiera. Es una orden.

—¿Qué puedo hacer sino cumplirla, Mayor? —tartamudeó Jim.

—Perfectamente. ¡Así hablan los hombres! Ahora, aquí está la orden; haga el favor de firmarla.

Con pulso tembloroso, Jim Hawkins escribió su nombre y su apellido al pie del papel. El Mayor Bailey miró, atentamente, la firma, y le puso la mano en el hombro.

—Queda usted arrestado, en nombre de la ley, Jim Hawkins.

El mundo, cayéndose encima y aplastándole, no hubiera sorprendido tanto al mozo.

—Ya le he dicho —continuó el jefe— que «Polka Dot» no es otro que el cuatrero Sam McGee. No hace mucho tiempo usted era un forajido, como él. ¡Eran y siguen siendo amigos! No espere nada de mi parte, Hawkins. Lo siento de verdad, pero su firma le delata, ¡queda usted detenido!

VI

PARA el bueno de Wahoo aquello era una verdadera catástrofe. Arrestado su amigo, parecía que toda su felicidad actual se le venía abajo... ¡Adiós proyectos de vida honrada en estrecho y sano compañerismo! ¡Adiós, boda de Amanda y Jim! Adiós, tantos y tantos proyectos como su rudimentaria mente llevaba forjados en aquellos últimos días... Su disgusto, su impaciencia eran tales, que no podía permanecer inactivo... Se le ocurrió una idea y tuvo que ponerla en práctica. Montó su caballo, y anduvo largas millas, hasta dar con la madriguera de McGee. Pidió verle; se encará con el bandido...

—Has deshecho la vida de Jim Hawkins, el mejor de nosotros —le dijo—. Sin ti, hubiera sido un hombre honrado, un valiente servidor de la patria, y el Mayor Bailey le hubiera concedido la mano de su hija. Ahora está preso... perdido, por tu culpa. Pero aun estás a tiempo, Sam McGee. Cesa en tus crímenes. Aléjate del país donde has hecho tanto daño, y acaso la señorita Amanda y yo lo-gremos el perdón, la regeneración de Jim Hawkins.

Un disparo que le atravesó el pecho fué la contestación del bandolero a las generosas palabras de Wahoo. Una hora después, sangriento alarde del más infame de los crímenes, el caballo de Wahoo entraba en el campamento del cuartel general, llevando, atado, encima, el cadáver del que hasta una hora antes había sido su jinete.

La nueva de la muerte de Wahoo corrió, rápidamente, por todo el campamento. Cuando la supo Jim, su dolor no reconoció límites. ¡Su amigo, su hermano, su compañero de regeneración había sido muerto, asesinado, y no podía hacer nada por él...

Cuando menos podría vengarle. Hizo llegar hasta el Mayor unas breves palabras... Estaba dispuesto ahora, con toda firmeza, a capturar a «Polka Dot», vivo o muerto, si se le concedía la libertad por breves horas.

Accedió Bailey, y, puesto Jim en libertad, no tardó en dar con el asesino.

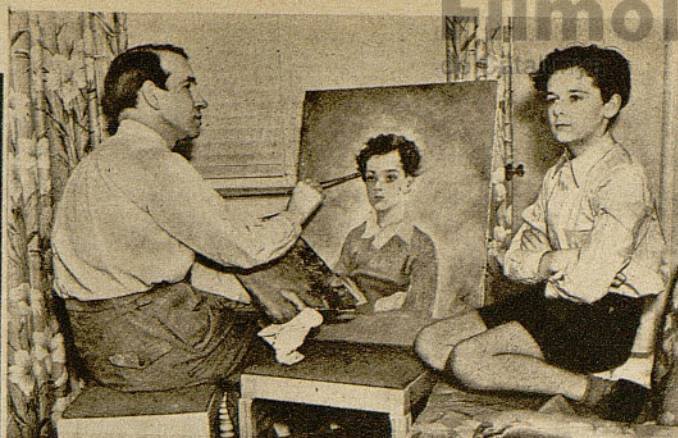
—¡Llegó tu hora! —le gritó, desde lejos.

Después, acorralándole, entabló con él duro y reñido duelo a muerte, del que, al fin, quedó el guardia rural victorioso.

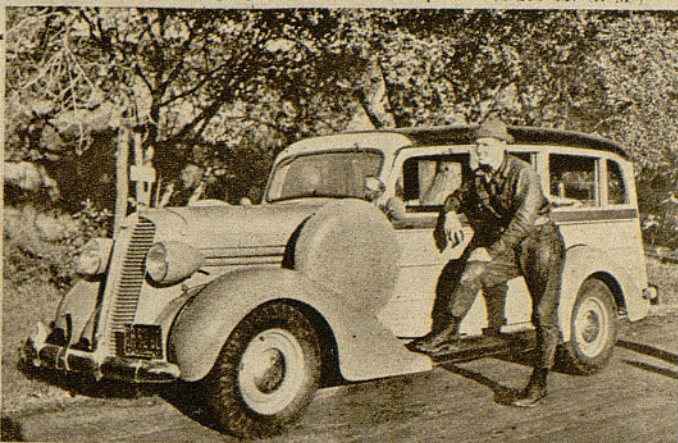
En la paz de la tarde, Jim Hawkins enterró con sus propias manos su pasado, al enterrar, piadoso, al que había sido un día su compañero de aventuras. Luego, pausadamente, cabalgó hacia el campamento, dispuesto a reintegrarse a la prisión...

Mas ya la buena nueva de la desaparición del bandido había llegado al cuartel general. Y no era la prisión, sino las felicitaciones de sus jefes, lo que a Jim Hawkins aguardaba. Y el amor de Amanda, murmurando a su oído:

—Bueno, ahora dime: ¿qué hay de aquel rancho?



Einar Norman, artista sueco famoso por sus cuadros de niños, pinta el retrato de Freddie Bartholomew. El lienzo, pintado todo en azul, exceptuando el color de la piel, será exhibido en Suecia ante un grupo de críticos europeos. (Foto M.-G.-M.)



Disfrutando a su manera de sus bien merecidas vacaciones, Clark Gable pasa unos días cazando lejos del mundanal ruido. (Foto M.-G.-M.)



Robert Taylor y Eleanor Powell en el escenario en que ensayan las escenas de una nueva película musical de la Metro.



La cámara sorprende a Robert Montgomery y su amigo, James Cagney, cuando éste visita a Montgomery en los estudios Metro.

Richard Arlen ha vuelto al estudio Paramount después de un eclipse temporal. Aquí le vemos entre Gary Cooper y George Raft, caracterizados para su nuevo film «Almas en el mar». (Foto Paramount.)

LA ANÉCDOTA EN PRIMEROS PLANOS

Eué hace cinco años. Richard Arlen se dirigía al estudio de la Paramount en busca de trabajo. William Wellman, que a la sazón estaba reuniendo el reparto de *Alas*, sabía de la oficina. Pidió una cerilla al primer hombre que encontró a su paso y ese no era otro que el propio Richard Arlen.

—¡Magnífico día!, ¿eh?— repuso el sin trabajo por decir algo.

de la ciudad del celuloide se quitaron las ligas, siguiendo la moda de las mujeres sin medias.

Prefiere los sombreros de «cow-boys», de los cuales tiene un surtido considerable. Usó las mismas botas en *La novia del azul* que en *Alas*, la película que lo sacó del anonimato. Aun piensa utilizarlas otra vez. Antes de ponérselas hace que las estiren y las lustren, pues, según su criterio, le traen suerte.



—¡Magnífico!— contestó el otro.

—¿Buscando trabajo también?

—No. ¿Y usted?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Richard Arlen.

—El nombre me suena. Veremos si puedo hacer algo por usted. Pase mañana por mi despacho.—

Al saber Richard Arlen la personalidad de su interlocutor, no pudo menos de extrañarse un poco. Pero luego se alegró, sobre todo al día siguiente cuando fué a verle y quedó contratado para desempeñar un papel importante en la mencionada película de aviación que lo consagró como estrella. Desde entonces el simpático galán no ha dejado de trabajar un solo día.

Richard Arlen es un muchachote serio, no tiene el poder de seducción de un Novarro o un Gilbert; pero en cambio tiene una simpatía especialísima que le hace ser un hombre incomparable. Se le acusa de haber sido el primero en declarar la guerra a los fabricantes de calcetines. Por él los hombres

No puede substraerse de balancear los vasos con los pies o hacerlos rodar sobre la mesa. Lleva pagadas algunas grue-sas pero no escarmienta.

Richard Arlen ha figurado en más de cuarenta y cinco films. Tiene una hermosa voz de barítono. Hubo una época en que era un gran entusiasta del boxeo. Sigue siendo amigo de Dempsey, quien le regaló un par de guantes autografiados y con los cuales libró uno de los mejores combates de su vida en el Madison Square Garden, de Nueva York. Los conserva como oro en paño.

Según su mujer, Jobyna Ralston, no tiene la más leve noción de lo que vale el dinero y en cuestión de negocios es de una ingenuidad que raya en la estupidez, lo cual no es obstáculo para que su marido se tenga por un negociante con vista de lince. También que está dotado de una imaginación desbordante, pues inventa las historias más extraordinarias que, a fuerza de repetirlas, acaba por creérselas. Todas sus amistades le han oído hablar una y mil veces de su estancia en Texas, en los

pozos de petróleo. Es para «Dick» un tema inagotable. A juzgar por sus conversaciones, podría creerse que se ha pasado allí la vida entera. Sin embargo, no ha estado allí más que dos meses.

De lo que se deduce que Richard Arlen es un bendito de Dios, incapaz de engañar a nadie y menos... a su mujer.

Una visita a un pueblecito holandés

(Conclusión)

las cintas alegres combinaciones de colores y de formas.

¡Uf... qué calor! Y ¡qué sed! ¡Qué felices son esos compadres saboreando su fresca cerveza y echando bocanadas de espeso humo! ¿Dónde encontraremos un rincón algo solitario donde poder saborear, lejos de este loco bullicio, este cúmulo de impresiones que no nos esperábamos? Por aquella calle quizás... Sí... Allí. Aquella tranquila hostería con sus arbustos a la puerta y sus macetas de tulipas en las lindas ventanas. Vamos, pues. Pero aquí también hay gente. Otra vez nos preguntamos si estamos soñando. A estos señores les conocemos... Son amigos de Barcelona. Sí, sí; no nos equivocamos. ¿Qué tal amigo Cabezas?... ¡Señora Pí... usted perdone! Estaba usted detrás de este arbusto... Señorita Mercader, usted convertida en deliciosa holandesa... Y aquí también el señor Terol, pero ¿qué sucede? ¿Quiéren ustedes explicarme...?

—Pues nada, aquí nos tiene usted, trabajando —nos contesta con satisfacción Cabezas—. Preparando el gran film *Molinos de viento*. ¿Quién diría, ¿verdad?, que estamos en la Barceloneta?—

No salimos de nuestro asombro, aunque sepamos que no estábamos soñando. Este pueblo maravilloso ha surgido como por ensalmo de las propias playas de nuestra Barceloneta. Balbuceamos palabras de felicitación para nuestros compañeros a tiempo que van llegando otros intérpretes y amigos... Lomoza... Font...

J. E. Q.

El cinema en la U. R. S. S.

(Conclusión)

que, hace algunos años, había afirmado su vitalidad y su fuerza. Mas es cierto que, con el acrecimiento progresivo del bienestar en las clases populares, la pureza del arte ideológico se alterará por grados. Muchas de nuestras «taras» occidentales están a punto de hacer su aparición en los teatros y en los cines de la U. R. S. S.. La Italia fascista ha ensayado vanamente de crear un arte de régimen. La Rusia comunista no parece tampoco haberlo conseguido.

Lo que prueba que, a pesar de todos los medios materiales puestos a disposición de los artistas, en todos los dominios, bajo todas las latitudes, es imposible crear por mandato y en un momento dado la expresión artística de una política. Platón no se había equivocado al desterrar los poetas de su república: son, en efecto, elementos sociales rebeldes a toda disciplina colectiva. El cinematógrafo ruso actual es una de las cosas ilógicas más sorprendentes de toda la civilización soviética.

Por la transcripción,
J U A N A N

un
con-
ha
bar-
eses.
Ar-
z de
ujer.

dés

co-

fe-
o su
s de
un
abo-
cú-
spe-
Sí...
sus
s de
mos,
ente.
mos
os...
no
abe-
Es-
Se-
en
bién
quie-

sted;
sfac-
film
ad?

aun-
nan-
gido
ayas
pa-
rom-
tros
nt...

Q.

S.

hado
uerto
del
pu-
por
oc-
su
ines
ha
arte
pa-

to-
dis-
los
es
un
de
ivo-
re-
so-
lec-
una
ntes

ción,
A N



Ginger
Rogers

Encarnación del ritmo y la gracia
del baile moderno.

Foto R.K.O. RADIO

FilmoTeca

de Catalunya



Joel Mc
Creed

Foto Universal